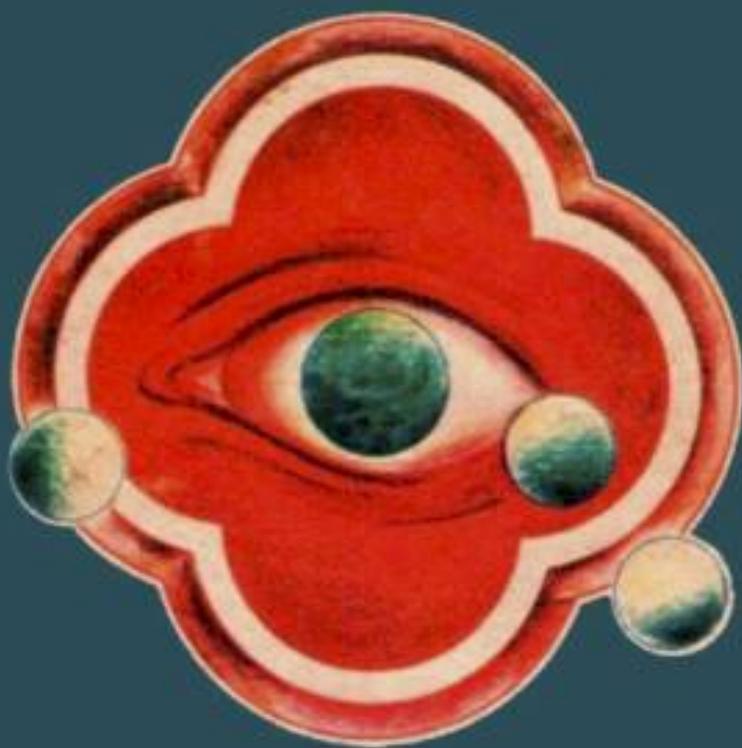


El Momento del Eclipse



Brian W. Aldiss

Brian W. Aldiss nació en 1925 en Norfolk, Inglaterra. Luego de publicar una serie de novelas y cuentos inspirados en los temas tradicionales del género y aun en las llamadas "óperas del espacio" —*Non-Stop* (1958)—, las invenciones de Aldiss comienzan a transformarse en una nueva e intrincada reflexión literaria, ensayando distintas técnicas narrativas y un nuevo lenguaje que procede a veces de la *école du regard* de Robbe-Grillet y otras de los monólogos textuales de James Joyce.

El tema de estos libros —*An Age* (1967), *Report on Probability* (1968), *Barefoot in the Head* (1969), *El momento del eclipse* (1970), que incluye el texto que inspiró la película *I.A.* de Steven Spielberg— es siempre la condición humana (investigada a través de la naturaleza del espacio y el tiempo) y el carácter perturbador, exuberante y ambiguo de nuestra época.

Poema a un Eclipse Lunar

Tu sombra, Tierra, del Polo al Mar Central,
se desliza ahora a lo largo del manso brillo de la luna
en una línea curva y monocroma
de serenidad imperturbable.

¿Cómo identificar en esa simetría que el sol proyecta
la forma desgarrada y convulsa que conozco como tuya,
ese perfil, plácido como una divina frente,
con continentes de tribulaciones y miserias?

¿Y la inmensa Mortalidad puede arrojar acaso
una sombra tan pequeña, y ese plan celestial para todos
[los hombres
estar aprisionado entre las costas que tu arco delimita?

¿Es esa entonces la medida estelar del espectáculo
[terrestre,
naciones en guerra, cerebros desbordantes,
héroes, y mujeres más hermosas que los cielos?

THOMAS HARDY

El Momento del Eclipse

Las mujeres hermosas y de naturaleza corrupta siempre me obsesionaron. Una mirada encantadora pero también fría: sólo de esa conjunción puedo esperar el momento supremo.

El momento supremo, cuando el terror se une a la belleza. Esos dos atributos, me doy cuenta, son para la mayoría de la gente polos antagónicos. ¡Para mí son sólo uno!, o pueden llegar a serlo. Cuando se encuentran, cuando coinciden..., alcanzo el éxtasis. Y en Christiana vi la promesa de muchos de esos instantes.

Pero el instante único y distinto que quiero describir, ese instante en que el dolor y el placer se entrelazaron como dos hermafroditas, me sorprendió no cuando abrazaba a una amante lasciva sino cuando —¡al cabo de una larga persecución!— me detuve en el umbral mismo de la alcoba donde ella me aguardaba: me detuve..., y vi aquel espectro...

Podría decirse que un gusano había entrado en mí. Quizá esto sea una metáfora, y el gusano que pervertía mi visión y mi gusto ya había penetrado en mis vísceras años atrás, cuando yo era niño, infectando luego toda mi vida adulta. Tal vez. Pero ¿quién puede salvarse de la cresa? ¿Quién no está contaminado? ¿Quién se atreve a llamarse sano? ¿Quién conoce la felicidad si no es acallando la enfermedad o sometándose a la fiebre?

La mujer se llamaba Christiana. Lo que ella deseaba no era infligirme años de dolor y búsqueda. Lo que ella deseaba fue siempre en verdad todo lo contrario.

Nos encontramos por primera vez en una aburrida reunión en la embajada danesa de una de las pequeñas capitales de Europa Oriental. Mi cara le era familiar y ella le pidió a un amigo que la llevara hasta mí para conocerme.

El amigo común me la presentó como poeta; acababa de publicar en Viena un segundo libro. En mí le había atraído ante todo mi afición a esa poesía que refleja una angustia romántica; por supuesto, conocía mi obra.

Aunque al principio hablamos en alemán, pronto descubrí lo que ya había sospechado por el aspecto de ella y los modismos que usaba: también Christiana era danesa. Nos pusimos a conversar de nuestra tierra natal.

¿Intentaré describir el aspecto de Christiana? Era una mujer alta de figura un tanto opulenta; el rostro, quizá un poco demasiado regular para ser verdaderamente bello, daba, desde ciertos ángulos, una impresión de estupidez que su conversación desmentía. En ese entonces tenía una brillante cabellera negra más abundante que lo decretado por la moda. Fue el aura de ella lo que me atrajo, una especie de melancolía en la sonrisa que es, me imagino, herencia escandinava. El artista noruego Edvard Munch pintó una vez una madonna desnuda, fantasmal, sufriente, erótica, pálida y generosa en carnes, con la muerte rondándole la boca; en Christiana, esa madonna respiraba y abría los ojos.

Nos encontramos de pronto hablando con entusiasmo de cierta *camera obscura* que aún existe en el condado de Aalborg en Jutlandia. Descubrimos que a ambos nos habían llevado allí de niños, que a ambos nos había fascinado ver un panorama de la ciudad de Aalborg extendido sobre una mesa luego de pasar por un pequeño orificio en el tejado. Me contó que aquel juguete óptico le había inspirado

su primer poema; y yo le dije que empecé entonces a interesarme por las cámaras, y de ahí pasé al cine.

Pero apenas habíamos tenido tiempo de iniciar una conversación cuando el marido nos separó. Lo que no quiere decir que por medio de miradas y gestos ya no nos hubiéramos puesto secretamente de acuerdo, con sutileza pero sin sombra de duda.

Cuando, después de la reunión, quise saber algo más acerca de ella, me dijeron que era una infanticida y que estaba sometida a un tratamiento que combinaba elementos orientales y occidentales. Más tarde, gran parte de esta información resultó ser falsa; pero en ese momento sirvió para acicatear los deseos que nuestro breve encuentro había despertado en mí.

Algo fatalmente intuitivo sabía dentro de mí que en manos de ella, aunque acaso llegase a sufrir, encontraría el éxtasis ambiguo que yo buscaba.

En ese entonces yo tenía la posibilidad de dedicarme a la persecución de Christiana; mi última película, *Magnitudes*, estaba concluida, aunque yo aún tenía que retocarla un poco antes de presentarla en cierto festival cinematográfico.

También quiso la casualidad que yo estuviese entonces libre de mi segunda esposa, aquella dama parsi de modales gráciles y suaves, estrella funesta tanto de mi primera película como de mi vida, cuyos vastos y promisorios talentos revelaron demasiado pronto no ser más que una lengua muy suelta y un abrumador conocimiento de la medicina tropical. Nuestro caso había sido fallado ese mismo mes, y Sushila se había retirado a Bombay, abandonándome a mis inclinaciones naturales.

Así entonces me propuse una vez más cultivar mi jardín erótico: y Christiana sería la primera en florecer en aquellos bien cuidados arriates.

Ciertos y particulares deseos cristalizan las percepciones a lo largo de ciertas coordenadas: me bastó estar un mo-

mento con ella para comprender que no vacilaría en engañar a su marido, en determinadas circunstancias, y que yo mismo podría proporcionar esas circunstancias; aquellos velados ojos grises me dijeron que también ella tenía una comprensión casi intuitiva de sus propios deseos y de los deseos de los hombres, y que la perspectiva de una aventura amorosa conmigo no le era indiferente.

No vacilé por lo tanto en escribirle y explicarle que en mi próxima película me proponía seguir desarrollando la temática de *Magnitudes* y que confiaba poder realizar una obra dramática de naturaleza bastante revolucionaria basada en un soneto del poeta inglés Thomas Hardy titulado «A un Eclipse Lunar». Le decía también que esperaba contar con su sensibilidad poética para que me ayudase a componer el guión, y le preguntaba si me haría el honor de concederme una entrevista.

En ese preciso momento había en mi vida otros intereses en juego. En particular, las negociaciones a través de mis agentes con el Primer Ministro de una república del África Occidental que quería que yo hiciese una película sobre su país. Y si bien yo tenía el deseo de visitar esa extraña parte del globo donde, siempre me había parecido, acechaba en la atmósfera misma una amenaza hecha de grandeza y sordidez que acaso fuese de mi gusto, yo estaba tratando de escapar a la propuesta del Ministro, no obstante su esplendor, pues él parecía necesitar un director de documentales convencional, más que un innovador, y yo sospechaba que estaba más interesado en la resonancia de mi reputación que en su naturaleza misma. Sin embargo, no desistía, y yo trataba de eludir a un agregado cultural de su país con el mismo empeño que ponía en atrapar —o en dejarme atrapar— por Christiana.

Para escapar de ese negro gigantesco y afable, me encontré casi sin proponérmelo visitando a un amigo de la universidad, un profesor de arte bizantino, a quien conocía desde hacía años. Fue en su estudio, en los bajos y silen-

ciosos recintos universitarios con ventanas que espían desde los muros como ojos muy hundidos en las cuencas, donde me presentaron a un joven estudioso llamado Petar. Estaba de pie junto a una de las ventanas de ancho alféizar del estudio, absorto en la contemplación de la calle empedrada, un joven desaliñado con ropas poco ortodoxas.

Le pregunté qué miraba. Me señaló a un viejo vendedor de periódicos que avanzaba a paso lento bordeando la acera, tirando de una trailla y arrastrando a un perro, que lo arrastraba a él.

—¡Estamos rodeados de historia, monsieur! Este edificio fue construido por los Habsburgo; y ese hombre que ve usted en el arroyo cree ser un Habsburgo.

—Tal vez esa creencia lo ayude a caminar por el arroyo.

—¡Yo diría que al contrario! —Me miró por primera vez. En aquellos ojos pálidos vi algo viejo, aunque en un principio él me había parecido extremadamente joven—. Mi madre cree..., bueno, no tiene importancia. En esta lóbrega ciudad, todos vivimos en las sombras del pasado. Hay cortinas en todas las ventanas.

Yo había oído ya en boca de otros estudiantes ese tipo de retórica. Más tarde uno se entera que ellos están leyendo a Schiller por primera vez.

Mi anfitrión y yo nos pusimos a discutir el soneto de Hardy; en la mitad de la polémica, el joven nos interrumpió para despedirse, pues, según dijo, tenía que visitar a su preceptor.

—Un espíritu frágil y atormentado —comentó mi amigo—. Si sobrevivirá aquí sin perder la razón, nadie puede saberlo. Yo, personalmente, me alegraré cuando su madre, esa mujer abominable, se marche de la ciudad; su influencia en él es simplemente nefasta.

—¿Nefasta en qué sentido?

—Se murmura que cuando Petar tenía trece años, y por supuesto no digo que haya algo de cierto en ese rumor infame, se lastimó en un accidente de automóvil y su madre

se acostó junto a él, nada antinatural en eso; pero corre la voz que entre ellos pasaron cosas antinaturales. Probablemente puras fantasías, pero lo cierto es que Petar huyó de la casa. El pobre padre, que es un hombre público..., estas sucias historias giran siempre alrededor de grandes personajes...

Sintiendo que se me aceleraba el pulso, pregunté por el apellido de la familia, que creo no había sido mencionado hasta ese momento. ¡Sí! ¡El joven pálido que se sentía cercado por las sombras del pasado era hijo de ella, el hijo de Christiana! Y naturalmente, esa leyenda negra la hacía a mis ojos aún más atractiva.

En aquella oportunidad nada dije, y mi amigo y yo proseguimos discutiendo el soneto del poeta inglés, que yo imaginaba cada vez con más claridad como un film. Yo lo había leído en una traducción húngara, y me había impresionado inmediatamente.

Resumir un poema es absurdo; pero el contenido de ese soneto tenía para mí la profundidad de su estilo, grave y sobrio. En pocas palabras, el poeta contempla la sombra curva de la Tierra que se desliza sobre la superficie de la Luna; ve ese manso perfil y no alcanza a relacionarlo con los perturbados continentes que la sombra representa; le parece imposible que todo el vasto escenario de las tribulaciones humanas pueda proyectar una sombra tan pequeña; y se pregunta si no será esa la verdadera dimensión, de acuerdo con medidas ajenas a este mundo, de todas las esperanzas y los deseos del hombre. Ese soneto tan noblemente forjado reflejaba con tal fidelidad las dudas que me asediaran a lo largo de mi vida, que había llegado a ser para mí uno de mis más preciados tesoros; por esta misma razón quería destruirlo y recomponerlo en una serie de imágenes visuales que transmitiesen esa misma sombra del poema: la belleza y el terror unidos.

Mi anfitrión, sin embargo, opinaba que la secuencia de las imágenes visuales que yo había bosquejado como capa-

ces de crear esa sensación de misterio caían con excesiva facilidad en la categoría de la ciencia ficción, y que necesitaba un enfoque más conservador, más convencional y no obstante más profundo, una visión más intimista que exterior; quizá una forma más clásica de mi angustia romántica. Estas aseveraciones me enfurecieron. Me enfurecieron, y eso lo comprendí incluso entonces, porque tenían la fuerza de la verdad. El escenario no tenía que distraernos, y sí en cambio iluminar el significado. Así hablamos un tiempo, especialmente de los problemas filosóficos implícitos en la representación de un conjunto de objetos por otro: la meta de todo arte, el desplazamiento sin el que no es posible ningún emplazamiento. Cuando salí de la universidad, me sentía fatigado. Me invadió una suerte de desesperación al ver que caían las sombras, completando otro día de mi vida todavía incompleta.

Cuando bajaba la loma, a mitad de camino, allí donde hay una hornacina de la Virgen en el muro de la calle, el viejo vendedor de periódicos de Petar holgazaneaba con el astroso perro a sus pies. Le compré un periódico y tuve un escalofrío pensando cómo esta imagen, vislumbrada desde el ojo hundido de la universidad, se había enredado en mis cavilaciones con la de aquella madonna pervertida cuyos apetitos, tan tímidamente cuchicheados a sus largas espaldas, llegaban incluso a encender la fantasía de áridos pedantes como mi amigo erudito.

Y como si el azar de los acontecimientos tuviese, en la mente de algún ser superior, una secuencia narrativa, como si nosotros fuésemos simples parásitos en la cabeza de ese poder cuya existencia el mismo Thomas Hardy hubiera podido llegar a admitir, cuando llegué a mi hotel, con el periódico todavía sin abrir doblado bajo el brazo, fue para encontrar que en el casillero de la penumbrosa recepción, rutilante, ominosa, gritando a voz en cuello, silenciosa, una carta de Christiana me esperaba. ¡Supe que era de ella! Estábamos conectados.

Arrojando el periódico en un cesto de papeles, subí las escaleras con mi carta en la mano. Los pies se me hundían en la espesa piel de la alfombra, demorando mi ascenso; el corazón me daba saltos. ¿No era este —¡eso me lo pregunté luego!— uno de esos momentos supremos de la vida, de dolor y solaz inseparables? Porque cualquiera que fuese el contenido de la carta, era de naturaleza tal que, una vez revelado, como un veneno de acción rápida inyectado en mi torrente sanguíneo, me lanzaría convulsivamente a un nuevo modo de sentir y de actuar.

Supe que tendría que poseer a Christiana, lo supe hasta por la violencia inesperada de mi conmoción; y supe también que yo era un depredador tanto como una presa. ¿No era ese el sentido de la vida, el desplazamiento supremo? ¿No es acaso —como en el soneto inglés— lo grande infinitamente pequeño, y lo pequeño también infinitamente grande?

Bien, una vez en mi habitación, cerré la puerta con llave, puse la carta sobre la mesa y me senté al frente. Rasgué el sobre con un cortapapeles y saqué la carta.

Lo que decía era breve. Estaba muy interesada en mi propuesta y en las posibilidades que le sugería. Desafortunadamente, se marchaba de Europa al fin de la semana, dos días después, ya que el marido había aceptado un puesto oficial en África, como representante de su gobierno. Lamentaba que no hubiésemos podido ahondar nuestra relación.

Doblé la carta y la dejé otra vez sobre la mesa. Sólo entonces sentí el latigazo de la cola de la serpiente. Abalanzándome sobre la carta, la volví a leer. Ella y su marido —¡sí!— iban a radicarse en la ciudad capital de aquella misma república con cuyo Primer Ministro yo había negociado tanto tiempo. ¡Y esa misma mañana le había escrito al agregado cultural para anunciarle definitivamente que la filmación

de la película que él proponía estaba más allá de mis posibilidades e intereses!

Esa noche dormí poco. A la mañana, cuando unos amigos fueron a visitarme, les hice decir que me sentía indispuerto; e indispuerto estaba; indispuerto para actuar; y poco dispuesto también a dejar escapar esta oportunidad. Era perversidad, sin duda, pensar en seguir a esa mujer, a esa madonna pervertida, a otro continente; había muchas otras mujeres con las que podía llegar a los más oscuros entendimientos con sólo levantar el receptor del teléfono, casi una pieza de anticuario junto a mi cama. Y quizá fue la perversidad lo que me permitió titubear durante tanto tiempo.

Pero a la tarde ya me había decidido. Desde una distancia lunar, Europa y África estaban al alcance de una sola mirada; también mi destino era algo muy pequeño. La seguiría por los medios tan fácilmente puestos a mi disposición.

Por lo tanto, redacté una carta para el afable agregado negro, diciendo que lamentaba mi decisión de la víspera, y explicando que esa carta había sido el instrumento que me había inducido a cambiar radicalmente de parecer, y anunciándole que ahora yo deseaba rodar la película. Le decía que estaba dispuesto a partir con mi equipo de camarógrafos y asistentes tan pronto como fuese posible. Le solicitaba el honor de una pronta entrevista. Y sin más ni más envié la carta con un mensajero.

Hubo un compás de espera que traté de eludir como pude. Los dos días siguientes los pasé encerrado en las oficinas que había arrendado en un tranquilo sector de la ciudad, trabajando en los retoques de *Magnitudes*. Sería una película satisfactoria, pero para mí era ya —como les ocurre a todos los artistas creadores— un simple punto de partida para mi próxima, obra. Ya las imágenes de África estaban invadiéndome el cerebro.

Al final del segundo día, rompí mi soledad y busqué un amigo. Le confesé mi furia porque el agregado no se había

dignado contestarme cuando yo estaba tan dispuesto a partir. Mi amigo se rió.

—¡Pero si tu famoso agregado ha vuelto a su país con la cola entre las piernas! Se descubrió que robaba fondos. ¡Muchos de ellos lo hacen, me temo! ¡No están acostumbrados a tener autoridad! Los diarios de la tarde traían todos los detalles, un par de días atrás..., ¡todo un escándalo! Tendrás que escribirle a tu Primer Ministro.

Comprendí entonces que aquella no era una aventura vulgar. Había líneas magnéticas que llevaban al centro de atracción, así como en ciertas gatas de pura raza, según Remy de Gourmont, las marcas del pelo confluyen inexorablemente hacia las zonas sexuales. Sin duda tenía que lanzarme yo mismo a esa imperiosa llamada. Eso fue lo que hice escribiendo presuroso —y presuroso me despedí de mi amigo— al distante estadista en la distante ciudad africana, hacia la que mi calumniada dama se encaminaba esa misma noche.

De las terribles demoras que se sucedieron, prefiero no hablar. La caída en desgracia del agregado cultural (y no fue el único que cayó en desgracia) había repercutido en la lejana capital, y mi nombre, envuelto en el escándalo, no se vio beneficiado con ello. Al fin, sin embargo, recibí la esperada carta, invitándome a realizar la película en las condiciones que yo propusiera, y ofreciéndome todas las facilidades. ¡Un hombre menos perverso se hubiera sentido muy feliz!

Preparar todo lo necesario para poder salir de Europa, dar instrucciones a mi secretaria, y arreglar varios asuntos de negocios me llevó una semana. Mientras tanto, transcurrió el importante festival cinematográfico, y *Magnitudes* tuvo de los críticos la acogida que yo había previsto; es decir, los aduladores adularon y los despreciativos despreciaron, y unos y otros descubrieron en la película muchas cualidades que no tenía, y pasaron por alto aquellas que tenía. ¡Uno de ellos creyó descubrir una nueva versión del mito

de las andanzas de Adán y Eva fuera del Edén! ¡En verdad, los ojos de los críticos, esos arrogantes aparatos ópticos, sólo ven lo que quieren ver!

Todos los motivos de irritación concluyeron al fin. Acompañado por un séquito de cinco personas, tomé un avión con destino a Lagos.

Al parecer ese momento culminante que yo perseguía no podía estar muy lejos, ni en el tiempo ni en el espacio. Pero lo imprevisto se interpuso.

Cuando llegué a destino, fue para encontrar la capital africana en un estado de convulsión; había manifestaciones y disturbios durante el día y toque de queda en las noches. Mi grupo quedó virtualmente confinado en el hotel, y los políticos estaban demasiado ocupados para molestarse en atender a un vulgar fabricante de películas.

En una ciudad así, ninguna de las inquietudes del hombre puede llegar a una adecuada culminación: excepto una. Recuerdo haber estado en Trieste cuando esa ciudad pasaba también por días turbulentos. Yo estaba en aquel momento embarcado en una dolorosa y exquisita aventura con una mujer que casi me doblaba en edad —¡pero mi edad era entonces la mitad de la que tengo ahora!— y la desorganización y el caos de la vida pública, las misteriosas requisas, y los igualmente misteriosos pandemonios que se desataban como el *bora*, eran como un fascinante contrapunto a los ritmos de la vida íntima, y a aquellas cesuras de desazón que son inevitables en las situaciones que involucran a una mujer hermosa y casada. De modo que averigüé discretamente por intermedio de la embajada de mi país el paradero de Christiana.

La república estaba a punto de dividirse en dos, un Sur cristiano y un Norte musulmán. El marido de Christiana había sido destinado al norte y ella lo había acompañado. La inquietud política y la destrucción de un puente estratégico impedían que yo pudiese seguirlos por algún tiempo.

Quizá parezca contradictorio si admito que entonces olvidé por completo a Christiana, mi única razón de ser en ese lugar y en ese continente. Y, sin embargo, la olvidé; nuestros deseos, y en particular los deseos del artista creador, son peripatéticos; algunas veces desaparecen inesperadamente, y nunca sabemos cuándo volverán a la superficie. El espíritu de perversión descendió a su Averno. En lo que a mí atañe, el puente volado nunca fue reconstruido.

Una vez que el Ejército decidió apoyar al gobierno (después que dos coroneles aparecieran asesinados) se acabaron los disturbios. Aunque los sentimientos del pueblo seguían siendo separatistas, pudo restablecerse algún orden. Una escolta militar me acompañó a recorrer la zona. Y toda la belleza y el horror de la ciudad —y del desolado interior— se me revelaron al instante.

No había imaginado nada con respecto al África Occidental. Nadie me había hablado de ella. Y eso fue precisamente lo que entonces me atrajo, como director. Comprendí que había allí un territorio inexplorado desde el cual bien podría emprenderse una incursión al mundo de lo caótico. Las imágenes de belleza-en-la-desesperación de las que yo estaba sediento se encontraban allí, aunque en una lengua extranjera. Mi tarea consistía en traducirlas, en desplazarlas.

Tan inmerso estaba en mi trabajo, que olvidé los problemas de mi país, y de Europa, y del mundo occidental donde mis películas eran aclamadas o abucheadas, y de todo el mundo excepto este rincón convulsionado del planeta (donde, en verdad, repercutían las angustias de todo el resto). Aquí tenía mi soneto: aquí podría darle al soneto de Hardy algo más que un apagado resplandor. ¡Aquí la relatividad de lo importante encontraba nuevos parámetros!

En la medida en que la situación política empezó a mejorar, también yo empecé a trasladar mis elementos de trabajo hacia el interior del país, como si hubiese entre un he-